

ANT-XIX-1288/6

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO

EL DÍA 14 DE MAYO DE 1882



MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—
1882

HESPERIA
LIBROS

Plaza Los Sitios, 10- ZARAGOZA

24 ms

12-74.678



DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO

EL DÍA 14 DE MAYO DE 1882



MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—
1882

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Honra insigne me habeis dispensado al traerme entre vosotros, á compartir vuestros trabajos, ya que no vuestra gloria, y pecaría de ingratitud, esa inverosímil pero frecuente negación del bien recibido, esa sombra del beneficio, que le sigue casi siempre como la sombra al cuerpo, si no dedicase las primeras palabras de este discurso, que nuestro reglamento me obliga á pronunciar, á presentaros como primera y justa ofrenda la más sincera expresión de mi profundo reconocimiento. Acogedla, señores académicos, con la misma benevolencia que me disteis vuestros sufragios, y sea siempre el fuerte lazo que me una á vosotros para seguir vuestro ejemplo y vuestras enseñanzas.

Día es este para mí, ¿á qué negarlo hipócritamente?, de satisfacción cumplida, porque en él se realiza una de las doradas aspiraciones de mi entusiasta juventud, de

mi adolescencia, casi diría de mi niñez. A la margen del Darro, en mi querida é inolvidable segunda patria transcurrieron los mejores años de mi vida, entre monumentos de civilizaciones que fueron, pero que dejaron como gigantes y gloriosas huellas de su paso, ya las destrozadas ruinas romanas de la Alcazaba, emblema de la altiva soberbia de aquel pueblo más que de su virilidad; ya la severa Catedral, con sus portadas y sus pilares del Renacimiento, pero su disposición, su planta, y sobre todo la crucería de sus bóvedas conservando la hermosa tradición del arte cristiano por excelencia; ora la Real Capilla con su calada crestería y sus esbeltas agujas, como tenaces índices de los siglos de fe que morían señalando al cielo; bien el palacio levantado y nunca concluido para la majestad de un César, que á pesar de aquella armónica concepción arquitectónica y de sus ricos y delicados detalles, no logró satisfacer la aspiración gigante de su dueño; ya, sobre todo la incomparable Alhambra, fantástico sueño de un poeta oriental, inspirado en Persia, sentido en Bizancio, acariciado en África y realizado en Granada; y al contemplar primero tantas perfecciones con ese movimiento inexplicable del alma hacia lo bello, sólo porque lo es, al estudiarlas más tarde, al copiarlas luego, al acariciarlas siempre, como las acaricia en este momento solemne mi fantasía confundido su recuerdo con las memorias de seres á quienes despues de Dios todo lo debo, y á quienes lloro perdidos, experimentaba un vago

deseo de hacerme digno algún día de llegar á las altas cumbres donde vive el genio de las artes, para rendirle en ofrenda, ya que no mis creaciones de artista, el pobre contingente de mis estudios en la historia más brillante de la humanidad; la historia del arte en todas sus espléndidas y gloriosas manifestaciones.

Y en aquellos dorados sueños de mi juventud, cuando distaba mucho de pensar siquiera en vivir en medio de este centro de febril actividad intelectual, corte siempre porque en él viven no sólo los príncipes de la sangre, sino los príncipes del talento, veía siempre con verdadero entusiasmo á esta Academia, guardadora constante de las gloriosas tradiciones artísticas de nuestra patria, reunión de artistas y críticos eminentes, á la que todo el que ama el arte desea pertenecer, no por vanidoso alarde de insensato orgullo, sino por sed, nunca saciada, de saber y de doctrina.

Pero como es indispensable condición de la existencia humana, que vaya unido el placer al dolor, cual hermanos gemelos de un amor y de una falta infinitos, siempre han de aparecer estas solemnidades anubladas con el crespón del duelo por el difunto académico cuyo sillón está llamado á ocupar el nuevo elegido; duelo que en ciertas ocasiones es tanto más justificado, cuanta mayor es la distancia que media entre el glorioso campeón de la inteligencia que ha caído para no levantarse más en el rudo combate de la vida humana, y el modesto soldado que debe reemplazarle en su

puesto de honor. El solo nombre del académico á quien sustituyo basta para justificar mis palabras. Don Alejandro Olivan, talento privilegiado, que de la misma manera y con igual perfección resolvía un árduo problema científico como redactaba en hermosa habla castellana, que supo cultivar como pocos, una bien razonada crítica literaria ó artística; que así dejaba correr su florida imaginación por el campo ilimitado de la poesía, como realizaba importantísimos trabajos de Administración ó de Estadística, de Agricultura ó de Industria; apareciendo siempre luminosas y espléndidas las obras de sus diversas aptitudes, alumbradas por el resplandor de su inteligencia, como aparece el brillante que inunda la luz del sol, devolviéndole agradecido sus benéficos rayos multiplicados y enriquecidos en cada faceta con los variados colores del Iris.

Difícil, si no imposible, es aspirar á reemplazarle dignamente; pero ya que esto no me sea dado, estad seguros, señores académicos, de que procuraré suplir con celo y amor al trabajo lo que de inteligencia me falte, recordando siempre aquellas palabras del poeta, con que no ha mucho tiempo terminaba en otra Academia uno de sus mejores discursos, sabio historiador arqueólogo y geógrafo (1), que ha sabido colocar muy alto

(1) El Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández Guerra.

en España y en el extranjero el renombre de la madre patria:

Quien quiera mi entendimiento
búsquelo en mi voluntad.

Y como vosotros quereis y el Reglamento manda que el entendimiento discurra en este día acerca de un punto, relacionado ya con la teoría del Arte, con su historia ó con su crítica, mi voluntad acude á cumplir el deseo y el mandato, escogiendo el asunto entre los que son propios de la Sección de Arquitectura, á que corresponde la vacante que voy á ocupar.

En el vasto campo de este arte científico, difícil era escoger asunto que antes de ahora no hubiera sido dignamente dilucidado por alguno de los dignísimos individuos que han formado ó forman dicha sección; por lo que, no por deseos de aparecer original, sino por justo temor de encontrar aquél fecundo campo completamente espigado por sus dignos cultivadores, me fijé en un asunto, que no creo haya sido objeto hasta el día de disertaciones análogas, y que considero sin embargo de importante trascendencia, reducido á investigar cuál es y debe ser el carácter propio y distintivo de la arquitectura en nuestro siglo.

Para acometer la difícil empresa de dilucidar el tema que he elegido, no puede prescindirse de estudiar á grandes rasgos el carácter del arte arquitectónico de los pueblos que nos precedieron en la vida, para de-

ducir de este examen cómo el estilo de cada pueblo responde á su manera de ser religiosa, política y social, y cómo el nuestro por lo tanto debe ser la expresión genuina de las especiales condiciones de su existencia.

Vivir es desenvolverse, desarrollarse. Todos los animales, todos los vegetales viven y se desarrollan. Los seres inorgánicos, la tierra, las piedras, el agua, el aire, los vapores, el gas, no viven, existen solamente. Así todo lo que es existe; pero sólo los seres organizados existen, viven y se desenvuelven. Desenvolverse es progresar. Progresar es vivir, como ser organizado, es desenvolver las consecuencias de su organismo; y lo mismo que para los individuos es para las sociedades, seres colectivos, hombres inmensos que tienen por miembros hombres pequeños.

Pero un organismo es un conjunto sistemático de órganos. Los órganos de una sociedad son sus instituciones; la religión, el ejército, los tribunales, la administración pública; y estas instituciones representan nociones sobre Dios, sobre el derecho nacional é internacional, sobre la autoridad, la libertad, la propiedad, la familia. Las instituciones de una sociedad son por lo tanto ideas en acción; y una sociedad, vista en su esencia, no es más que un sistema de ideas correlativas á las necesidades, á los sentimientos y al estado del desenvolvimiento intelectual de un grupo humano, que se realiza en sus consecuencias sucesivas.

Todo progreso social consiste, pues, en realizar sucesivamente las consecuencias de un sistema de ideas; es decir, que una sociedad que vive y progresa es un sistema de ideas que se desenvuelve en sus consecuencias. Una sociedad es una doctrina viviente. Faltar á la lógica para una sociedad es producir una enfermedad social; y una falta de lógica social puede ser mortal para una nación. Es, pues, de la mayor importancia para todo el mundo ilustrarse acerca de los signos ó caracteres ciertos en los cuales se reconoce el progreso social; y el artista sin este conocimiento es impotente para orientarse en su arte.

El arte, en efecto, es el símbolo de una sociedad, ó lo que es lo mismo, es el símbolo ó la expresión sensible de un sistema de ideas correlativo á determinado estado físico y moral. No puede comprenderse una forma histórica de arte, sino dominando el sistema de ideas que simboliza. El templo de Karnac, el Parthenon, el Arco de Tito, Santa Sofía, la catedral de Toledo, símbolos son todos, expresiones de diversos sistemas de ideas, manifestaciones visibles de un mundo físico, intelectual y moral. El símbolo debe, pues, cambiar forzosamente con cada cambio de sistema de ideas simbolizadas. Al desenvolvimiento y al progreso de las ideas corresponde necesariamente un desenvolvimiento y un progreso paralelos en el símbolo, es decir, en el arte. Cuando las ideas sociales se desenvuelven de una manera regular, de una manera lógica, y por conse-

cuencia sana y clara, el arte tiene un sentido elevado é inteligible; pero cuando las ideas sociales se confunden, el arte se expone á divagar. De la relación establecida entre la sociedad y el arte, entre la cosa representada y el símbolo que la representa, surge con evidencia cuanto es necesario para que el artista deseoso de comprender lo que hace hoy, lo que hicieron sus predecesores ayer, y acaso lo que harán sus sucesores mañana, vea con claridad la cuestión de las leyes del desenvolvimiento social, que son también las leyes del desenvolvimiento de todo el arte y por consecuencia de la arquitectura.

El Egipto, en la época más característica de su historia, con su arte esencialmente enigmático, momificando con el símbolo sus creaciones para mejor transmitir las á la posteridad, como momificaba sus cadáveres para que aguardasen incorruptibles su nueva regeneración terminado el juicio de Osiris, cumplió á las orillas del Nilo su misión providencial en el antiguo mundo. Cerrado en amplio valle entre la cadena de montes arábigos y la cadena líbica que lo separan la una al levante y la otra al poniente de la inmensidad del desierto, formaba según la gráfica frase de un moderno escritor, una especie de claustro natural preparado para el estudio, cerrado por una muralla y sin más huéspedes que el silencio.

Cubierto por un cielo ardiente que jamás entoldan nubes ni celajes; debiéndolo todo á las periódicas inun-

daciones del Nilo protector, viviendo aislado gran parte del año por la benéfica y protectora inundación de aquel río, que convierte la superficie en un inmenso lago, sobre el que se destacan aquí y allá las ciudades con sus jardines dispuestos en anfiteatro, y sus colosales edificios alzándose sobre los ondulantes penachos de sus palmeras, de sus plátanos y de sus papiros, vivía el egipcio durante la época de aquella misteriosa fecundación en el silencio y la soledad, que predisponen el alma á la contemplación y al estudio.

Cumplido el misterio, fecundada Isis, retirado Osiris á su lecho de algas y de lotos, quedaba al egipcio terminar la obra de las benéficas aguas, esparcir el grano sobre el suelo aun húmedo cargado de elementos de vida, y esperar el segundo momento de su esperanza; la época de la producción. Durante estos períodos, el sacerdote que trazaba el templo y el palacio, el edificio público lo mismo que la casa del particular, acumulaba las fuerzas todas de aquel pueblo obediente y sencillo, como lo son siempre los pueblos esencialmente religiosos, y levantaba esos monumentos colosales, en cuyas superficies escribía con la misteriosa combinación de sus geroglíficos, su propia historia.

Necesitando el sacerdote, inteligencia animada de aquella sociedad, descubrir á cada momento sobre la superficie del valle los límites de las propiedades y de los pueblos borrados á cada inundación, perfeccionó la geometría; y abstraído en la contemplación de los as-

tros durante las serenas noches de aquel cielo siempre limpio y claro, que presentaba constantemente ostensible sus caracteres de estrellas, se hizo astrónomo y llevó la precisión de las ciencias exactas, hasta los últimos detalles de la vida.

Así el pueblo egipcio á pesar de las diversas épocas que pueden claramente definirse en la historia de su arte como de su existencia, y que marcan en el primero diversos estilos, vivía una vida rítmica dispuesta de antemano en el santuario; y acostumbrado al misterio sin explicárselo, porque en las producciones de su suelo encontraba el de la generación y la vida, recibía con acatamiento y veneración cuanto con aquel velo se le encubría, y era un pueblo creyente, laborioso, que repartía su vida entre la adoración y el trabajo, y que marchaba sereno á la muerte esperando tranquilo que nuevas transformaciones le volviesen á su valle querido. De este modo la ciencia trocó allí la vida en una especie de liturgia que se trasmitía de generación en generación, y que daba á las costumbres, como á la historia un sello especial de permanencia, que nunca logró arrancarle la savia activa, poderosa y vivificante del genio helénico.

Pueblo así constituido, pueblo así colocado por la mano de Dios en condiciones de estudio y de trabajo, de contemplación y de creencia, no podía ser conquistador ni mercader, por más que algunas veces le arrasrase el vértigo de la guerra, y sus pesadas naves lle-

vasen en determinadas épocas el sobrante de sus productos á los cercanos puertos; y su arte no podía menos de ser también un fiel reflejo de aquella poderosa pero mística civilización, y como tal, robusto, firme, colosal, grave sin pesadez, esbelto sin ligereza, grandioso sin presumirlo, religioso sin afectarlo, detallado sin nimiedad, imponente sin ostentación. El arte egipcio traduce fielmente la historia y la esencia del pueblo que lo desenvuelve, como la traduce y representa siempre el arte en todos los pueblos; pues el arte no vive ni puede vivir sólo por sí y para sí, independiente de cuanto le rodea, del suelo, del cielo, de las condiciones sociales, políticas y naturales del lugar en que se desarrolla, como no puede ser indiferente el hombre, al ambiente que le rodea, al aire que respira, al sol que le abrasa, al hielo que le acobarda, á la brisa que le vivifica, á la contemplación que le sublima, al sentimiento que le engrandece ó anonada, á su propio pensamiento que lo levanta á las insondables regiones de lo infinito.

Así los antiguos imperios asiáticos viviendo por el contrario en amplias llanuras, sintieron la expansiva é insaciable sed de la conquista, y con ella la del fausto y la suntuosidad; y su arte fué puramente humano, casi sin templos, pero con espléndidos palacios, rico, exuberante, deslumbrador en su ornamentación tan grandiosa como prolija, pero sujeto por estas mismas condiciones á más inmediata ruina.

En la extremidad occidental del Asia, otro pueblo

viviendo en la parte de costa que cierra hacia el Este el gran lago, que los antiguos llamaron *Mar interno*, el risueño Mediterráneo, en una estrecha faja de tierra entre el monte Líbano y el mar, viendo ante sí el espacio ilimitado, ideó cruzar su líquida superficie; y derribando los seculares cedros para convertirlos en bajeles, y aprisionando el viento con el lienzo sujeto sobre ellos, lanzóse á lo desconocido triunfando del espacio, y llevando detrás de sus buques con la estela que abría sobre las ondas, lazos de amistosas alianzas que debían unir las costas de Asia, de Europa y Africa, y acaso también en más remotos tiempos de lo que nosotros creemos, las de otro continente perdido más tarde para la historia, y descubierto para gloria de España, por la sublime insistencia de un sabio y la inspirada intuición de una reina.

Aquel pueblo, representando la industria y el trabajo, apareció en la historia como una protesta solemne contra el violento derecho de la guerra, que entonces se hallaba en todo su esplendor. El comercio y la industria dominaron con el fenicio el mundo; pero pueblo más práctico que espiritualista, como que todo su ideal se reducía á aumentar sus riquezas, no tuvo arte propio, tomó sólo el de los pueblos con quienes se encontraba en continuo roce y contacto, y los escasos monumentos que de él nos han quedado, más esculturales que arquitectónicos, no tienen carácter individual, presentado á un tiempo los que distinguen á los estilos egipcio, asirio,

persa y aun griego, según las épocas á que pertenece el monumento, pero sin que se confundan y compenentren hasta formar un estilo propio y característicamente fenicio.

Aquel pueblo, sin embargo, esencialmente mercader, y que por lo tanto no estaba en condiciones de tener arte propio, cumplía en aquella fecunda fase de la Historia la gran misión á que parecía providencialmente destinado. La savia vivificadora de los antiguos pueblos de Oriente fué conducida por el pueblo fenicio á las costas de Europa, como los vientos de la Providencia llevan las semillas de las florestas á remotas regiones; y prendiendo en una de las más risueñas que la mano de Dios había dispuesto para sus grandes designios, brotó en la antigua Grecia con un florecimiento especial, nuevo, casi pudiéramos decir, divino, porque divino era el soplo que daba vida á aquella maravillosa revelación del genio del hombre.

Dispuesta en admirable topografía por el que todo lo prevé, como digna morada de la inteligencia; protegida por estrechos valles; mecida por mares tranquilos; recamada por risueños golfos; sombreada por fértiles montañas; surcada por amenas florestas; envuelta en una atmósfera tibia y perfumada, Grecia despertó al vivífico suspiro que le trajeron las auras del Oriente, y al esparcir la vista en torno suyo y hallar por todas partes tanta belleza, comprendió la idea típica de ella encontrando sus inmejorables modelos humanos, en la

hermosa y privilegiada raza, con que á Dios plugo poblarla. De este modo el heleno aprovechando la madera de sus selvas, los ricos mármoles de sus canteras, sus minas de oro de Thasos y su plata del Laurio, hallóse con todos los elementos necesarios para ser el gran pueblo artista de la antigüedad. La Grecia, según la feliz expresión de un pensador, era una voluptuosa sala de estudio al aire libre, donde la inteligencia abrigada y sin trabas, podía soñar á la sombra del laurel delfico, y preparar bajo el influjo de la naturaleza una nueva civilización. Así aquel pueblo activo, dramático, inquieto crea una cultura puramente humana, pero á la que diviniza por el arte en todas sus manifestaciones tanto esculturales como pictóricas y arquitectónicas.

Grecia es el nuevo mundo de los antiguos. Todo en ella toma nuevas formas; todo lo transfigura y enaltece. Lo mismo el arte que la filosofía, las matemáticas que los cálculos astronómicos, todo en ella adquiere un carácter de vida y de espontaneidad, rompiendo los velos del misterio, que á la vez que puebla el cielo y la tierra de bellísimas creaciones, desciende sobre las muchedumbres en sus gimnasios, en sus Ateneos y en sus Academias.

Creyendo encontrar la realización de la belleza en el estudio de las formas, como ha dicho el ilustrado Académico que me honra al contestarme en este día, «busca al Creador en lo creado, al artista en su obra,

y queriendo adorar á Dios, adora al hombre;» pero lo hizo con tanta grandeza, con tan artística sencillez, que á no haber existido después el arte cristiano, el arte griego formaría el arquetipo de la belleza arquitectónica.

Por eso en aquella hora suprema de los adelantos, Grecia les pone digno complemento; y así como los fenicios habían extendido su comercio, su industria y sus importantes descubrimientos por todo el mundo, así Grecia también pasando de isla en isla y de frontera en frontera, elevó por todas partes, lo mismo en Europa, que en Asia y Africa el himno de triunfo de la cultura helénica, dejando por donde quiera señaladas con imperecederos monumentos las huellas de su paso.

Y la victoria de su inteligencia no muere con el tiempo. En vano la fuerza vuelve á imperar, y otro pueblo se levanta pretendiendo unir á todos los del antiguo mundo bajo las alas de sus águilas altivas. El pueblo dominador es siempre dominado por la superioridad moral del vencido, y el espíritu del griego flota sobre las ondas de lo pasado, sin que logren oscurecerle más tarde ni las hordas de Atila, ni las falanjes de Mahoma; avanzando siempre y reflejando en todos los pueblos sus resplandores en medio del caos de la Edad-Media, como el espíritu de Dios *en el principio* era llevado sobre las aguas.

Sólo había de sufrir una renovación completa en sus manifestaciones, pero siempre reflejándose en ellas el

gran sentimiento estético y filosófico de aquel pueblo artista por excelencia, cuando al fausto y al esplendor cesáreo substituyó el humilde atavío de la virtud; cuando á las intrincadas y á veces laberínticas lucubraciones de las escuelas filosofico-teodésicas griegas y orientales, sucedió la Divina palabra de la moral eterna; cuando á las antiguas sociedades de libres y esclavos, remplazó la sociedad universal de hermanos, hijos de un mismo padre; cuando para iluminar al mundo, en una palabra, al imperio del hombre sucedió el reino de Dios.

Cuando tan grande acontecimiento tiene lugar, cuando se alza sobre la cima del Gólgota la Cruz divina que divide en dos el mundo de la Historia, cuando se abre el sepulcro del Hombre Dios, para que de él se eleve triunfante y queden sumidos en la insondable sima de lo pasado los errores de la culpa, es cuando la sociedad cristiana idealista, contemplativa, mística, rica de ciencia humana, hasta entonces pobre de espiritualismo y falta de fe, levanta á ignoradas regiones el pensamiento, y puebla de héroes la tierra, de mártires el cielo, de sabios y de artistas y de poetas el mundo.

Entonces la arquitectura toma nuevos vuelos, y «desde que el Cristianismo aparece levantando como eterna y divina miliaria de los siglos de fe la Cruz en la cima del Calvario, ese arte madre, que simboliza todas sus manifestaciones, toma un carácter esencialmente dis-

tinto del antiguo; y por más que alguna vez refleje el recuerdo de la civilización pagana, siempre se ve en sus obras la tendencia al idealismo, el olvido de la forma para seguir la idea, la creencia, la pureza del dogma; que si el cristianismo en los primeros siglos tomó de las artes paganas los órdenes arquitectónicos, las formas generales, la parte material en suma, en la parte moral, en la idea generadora de sus obras de arte buscó únicamente sus inspiraciones en la fe» (1), hasta conseguir su representación gráfica en el arte esencialmente cristiano, en el arte ojival.

Así la arquitectura en todos tiempos es el reflejo fiel de las condiciones propias de los pueblos donde se desarrolla; y por más que yo sea de los que creen que en la historia de este arte científico no hay verdaderas interrupciones, ó como ahora ha dado en decirse, soluciones de continuidad, sino que todo en ella está eslabonado de modo, que los diversos períodos por que atraviesa más pudieran llamarse estilos que artes independientes, creo también que en estas sucesivas transformaciones, toma caracteres propios que distinguen las épocas unas de otras, y que están en armonía con los pueblos donde se realizan. Así los egipcios, espiritualistas, místicos, á pesar de la línea horizontal de sus edificios, levantan también la pirámide y el obelisco que miran al cielo; el griego, idealista humano, encierra en el triángulo de

(1) Excmo. Sr. Marqués de Monistrol.

sus frontones la historia humanizada de sus dioses, formas tangibles, casi siempre, de poéticas concepciones tradicionales de los pueblos arios; el romano, adopta el arco adovelado, que ya como accesorio conocieron los asirios y los etruscos, acaso por la facilidad que para ello les daban los materiales artificiales de su construcción, y lo coloca como parte secundaria entre las columnas griegas, de las cuales triunfa sin embargo, pues en breve quedan éstas como embebidas y de mero ornato, hasta el punto de que aun prescindiendo de ellas el edificio subsistiría. Y avanza el tiempo; y el monoteísmo y el cristianismo triunfan; y el arco que traduce mejor que la línea recta la elevación del pensamiento, abandona su aparente retiro; y se levanta y asienta desde luego sobre las columnas como dominador; y se propaga y engendra la bóveda; y se levanta más, y la bóveda engendra la cúpula que invade atrevida los aéreos dominios del espacio, como el pensamiento invade en las lucubraciones teológicas el mundo del espíritu. Pero la curva del semicírculo no acaba de traducir la idea cristiana; y se rompe en su centro; y se eleva; y triunfa con la ojiva por completo del antiguo estilo, y llega á su último grado de desenvolvimiento progresivo y lógico.

Después, parece agotado en arquitectura el genio del hombre. Porque ¿qué es el Renacimiento sino la vuelta á lo antiguo, reacción y entusiasmo por lo pasado, en vez de fecunda aspiración á nuevos ideales?

El arte, que durante la Edad-Media había vivido más del sentimiento que de la forma, al finalizar el siglo xv por una reacción hacia lo antiguo, que arrancando de Italia se extiende por todos los países de Occidente, atiende más á la forma que al pensamiento, y el clasicismo pagano parece destinado á reñir victoriosa batalla con el cristiano espiritualismo. Como todo movimiento de reacción rara vez se detiene en sus justos límites, el Renacimiento se convierte en verdadera pasión que llega hasta la extravagancia y el delirio. Los más distinguidos personajes cifran su orgullo en imitar en su vida y hasta en sus costumbres la vida y las costumbres de los romanos; las estatuas antiguas que descubre la investigación arqueológica ó la casualidad, son conducidas en triunfo al Capitolio; se levantan templos completamente inspirados en los cánones clásicos greco-romanos; se cubren los altares con efigies labradas por los modelos griegos ó romanos; y el naturalismo clásico triunfante por completo, apenas deja espacio para vivir al sentimiento cristiano. El mismo Miguel Angel á pesar de su gigante genio, su admirador y digno discípulo Juan de Herrera, no consiguen con sus magníficas creaciones realizar en la arquitectura la idea cristiana, que no puede encerrarse en las, para ella heterogéneas formas, del arte greco-romano.

Los templos de San Pedro en Roma, del Escorial en España admiran por la grandiosidad; pero no traducen la idea místicamente contemplativa del cristia-

nismo. Aquellas columnas, aquellos pilares, aquellos arcos de medio punto aunque agrupados en la composición arquitectónica sobre la planta de la iglesia cristiana con su forma de cruz y su disposición todavía del anterior estilo que no aciertan á comprender, no tienen más que la planta y la disposición de templos cristianos. Sin esto, mejor que de cristiana iglesia podrían servir de templo para una divinidad del paganismo.

Y es que cada estilo tiene que responder á una idea que le da vida. Es que no puede vivir el arte por el arte como «no puede vivir el sol por el sol, el río por el río, la flor por la flor, el hombre mismo por el hombre», según las felices comparaciones de un orador católico citado hace algunos años en este mismo sitio por el ilustre Académico que en breve habrá de contestarme. «Los hechos de la vida humana—ha dicho un joven arquitecto español de grande erudición y de verdadero criterio artístico,—no se producen aisladamente sino que obedecen á otros anteriores y estos á los que les precedieron en una serie de causalidades, que sólo encuentra su término retrospectivo en el primer monumento de la aparición del hombre sobre la tierra. Por esta razón la historia de la arquitectura tiene que considerarse relacionada con la historia religiosa, civil y social de los pueblos en que se desenvuelve (1).»

(1) D. Ricardo Velazquez.

El arte del Renacimiento no respondía ya á un ideal religioso y propio, y respondía sin embargo á la época en que se desarrolló; época más humana que mística; de poderoso movimiento intelectual; de libre examen; de sacudimientos de la razón rebelde contra la fe sumisa; de conquistas y de grandezas mundanales, que sintetizan en su agitada vida las figuras de Francisco I y Carlos V. Pero como aquel arte no perseguía, como ahora se dice, ideales propios, sucedió lo que no podía menos de suceder, que apenas muertos los grandes maestros que acometieron con la poderosa fuerza de su genio superior la colosal empresa de hacer servir los elementos arquitectónicos paganos á la idea cristiana, como la forma había sustituido al pensamiento, de exageración en exageración cayó el arte en la profunda sima del barroquismo y del churriguerismo abrumado con la balumba de sus extravagancias y delirios.

Ahora bien; si estas son las enseñanzas que la Historia, severa maestra de la vida, nos ofrece; ¿puede tener carácter propio la arquitectura en nuestro siglo? Época, más aun que la del siglo xvi, de duda y hasta de escepticismo, en que su nota característica es el afán de goces y de riquezas sin reparar la mayor parte de las veces en los medios de conseguir las, hay sin embargo un desarrollo de buen gusto, que revela la existencia del sentimiento estético, levantándose sobre las aguas cenagosas de las pasiones humanas, como

se levantan las hermosas flores de las plantas acuáticas sobre la verdosa superficie de las lagunas. Nuestro siglo tiene un espíritu de asimilación que puede fácilmente comprenderse, sin más que visitar el gabinete de una persona de aficiones artísticas. El mueble antiguo alterna con las mejores obras de la moderna tapicería; el vaso etrusco con los esmaltes de Limoges ó el mosaico florentino; el busto griego con la estatuita de Sajonia; el tíbor japonés alardea de superioridad junto al jarrón de Sevres, de Wedgwood ó el Retiro; las arquimesas mudejares sostienen cuencos de Talavera ó platos alemanes; el tapiz flamenco comparte la superficie de los muros con los cueros de Córdoba ó los grabados guadameciles; el místico cuadro de Van Eyk parece ruborizarse ante las desnudas y exuberantes formas rubenescas, y sobre elegante atril alemán campea junto á devoto horario lleno de delicadas iluminaciones, lujosa edición moderna cubierta de cromos y de grabados. Al hombre de nuestro siglo parece no le basta lo presente. Avido de emociones, lleva al concurso de sus deseos nunca saciados, lo moderno y lo antiguo; lo nacional y lo extranjero; el arte y la industria; y en su propósito de buscar la belleza en esta variedad, cuya unidad está sólo en el afán por lo bello que siente y no acierta á definir, acude también á que presten encanto á sus artísticos salones las flores de todas las zonas, que con sus hojas y perfumes alternando con aquellos objetos de lo pasado y de lo presente, forman la más

deliciosa confusión que puede ambicionar una imaginación soñadora. Es un eclecticismo inconsciente el de nuestra vida moderna, que sintetiza el único carácter que puede llamarse propio de nuestro siglo.

Pueblos donde de tal modo vive el sentimiento de lo bello, no son pueblos perdidos para la Historia, no son pueblos perdidos para el Arte. Lo que hay necesidad es de estudiar la manera de conducir á buen puerto ese mismo sentimiento; de aprovecharlo para la realización de la gran obra del perfeccionamiento humano. Cierto es que nuestro siglo es siglo de dudas y de incredulidad, de rebelión y de aspiraciones imposibles en parte; pero también lo es de grandes descubrimientos, de grandes adelantos, de grandes inventos, que le llevan en progresiva marcha hacia lo porvenir. Cierto es que las exageraciones de escuela, ofuscan las inteligencias, y las enardecen contra los principios salvadores del Cristianismo, porque éste en su alta sabiduría predica el dominio de las pasiones, el principio de la autoridad, que irrita al egoista y orgulloso personalismo; pero también lo es que tomando nuevas fuerzas de la contrariedad, la religión salvadora lucha con la palabra, con el ejemplo, con la caridad, con el amor, con la abnegación por conducir al hombre en medio de sus extravíos al sendero de la virtud y de las eternas esperanzas; y levanta templos y asilos de caridad inspirados en las mejores obras del arte cristiano en sus diversas épocas, ya sea el románico de transición como

sucede en Alemania, ya el ojival con preferencia, como acontece en Francia y en España.

No hay un solo sentimiento predominante, sin embargo, que informe á la sociedad moderna; pero hay muchas aspiraciones, que el arte no puede ni abandonar ni confundir. El arte arquitectónico en nuestro siglo tiene que ser ecléctico, pero no ecléctico confundiendo los elementos de todos los estilos para producir composiciones híbridas en que no se encuentre un pensamiento generador y dominante. Así como no debe haber en arquitectura, siquiera sea en sus ornatos, nada que no esté razonado en la construcción, así en la concepción arquitectónica no debe darse nada fuera del fin á que se destina la construcción misma. Vario, distinto, aunque contribuyendo en esta distinción y en esta variedad á la unidad de las modernas sociedades, debe ser el arte en nuestro siglo. Tan extraño sería un edificio levantado para servir de Congreso de diputados hecho con arreglo á las prescripciones del estilo ojival, como lo es un templo católico que se inspirase en el Parthenon de Atenas ó en el templo de Júpiter Olímpico. Tan incongruente sería una Bolsa de estilo bizantino (y eso que bajo sus bóvedas puede recordarse algo de la antigua *fides greca* de Bizancio), como un oratorio de estilo mahometano. Es preciso que no se olviden los artistas del célebre precepto de los retóricos *non erat in locus*, para que no tomen por eclecticismo lo que mejor pudiéramos llamar lamentable confusión y antiestético batu-

rrillo; es necesario que se estudien bien los estilos para que no se haga un gótico de confitería, y un arte árabe, que sólo tenga de tal algún accesorio en el ornato, y un griego ó un greco-romano, que parezca quiera huir del edificio á que por desventura le pegaron.

Ecléctico también puede ser el arte aun mezclando en un solo edificio elementos de estilos diversos; pero en saber combinarlos de modo que resulte un todo homogéneo y armónico está el secreto, que sólo al verdadero talento artístico es dado penetrar. El eclecticismo, pues, así entendido forma en nuestro juicio la nota característica de la arquitectura de nuestra época, sin que esto sea obstáculo para que pueda formarse andando el tiempo y pasado el período de transición que atravesamos, un estilo propio, con peculiares caracteres de originalidad.

Pero el arte además tiene otra forma no bien apreciada todavía en las construcciones llamadas de mera aplicación. El canal que corta los istmos abriendo fácil camino á la fraternidad humana; el muelle que se lanza sobre cimientos perdidos en las profundidades del mar, para abrigar cariñoso á la nave que viene de lejanas costas; el faro que se eleva, cual previsor y gigantesco centinela, velando en el espacio para que el navegante surque tranquilo las aguas procelosas; el túnel que penetra con el ariete de la ciencia el corazón de las montañas; el arco gigantesco del puente tubular arrojado sobre un vacío horrible de una á otra orilla del abismo,

obras son en su último desenvolvimiento de nuestro siglo y que tienen una belleza propia, la belleza de todo lo grande, de todo lo sublime que palpita en la titánica y victoriosa lucha del hombre con la naturaleza.

No falta algún escritor que pretenda encontrar la formación de un arte típico en nuestro siglo, tomando por base la elipse, como el arte cristiano tuvo por base la ojiva; fundándose para ello en que la elipse viene empleándose hace muchos años, así en obras de ingeniería como de arquitectura, y en sus grandes cualidades constructivas (1); pero, respetando tan original pensamiento, no podemos participar de él, porque consideramos que en nuestra época, formada de tan diversos elementos, no puede haber una nota característica de unión como la había en la Edad-Media, y que, por lo tanto, su carácter propio debe ser la variedad con la unidad sólo del sentimiento estético, armónico siempre con el destino del edificio.

Se ha dicho también que el carácter del arte arquitectónico en nuestro siglo hay que buscarlo en las modernas construcciones de hierro y de cristal; pero los que así razonan olvidan que, no es la materia lo que constituye el arte, sino sus líneas y su espíritu. Los adelantos en la fundición de piezas de hierro para las construcciones arquitectónicas serán auxiliares del arte, pero nunca podrán constituir un estilo propio y esté-

(1) César Daly.

tico. Además, las construcciones de hierro participan de tal modo de un carácter industrial y mecánico, que rara vez despiertan el sentimiento de la belleza. Gigantesco, grandioso era el edificio de la última Exposición universal en Francia, y no despertaba el menor movimiento del entusiasmo artístico que produce la belleza, mientras en la no muy amplia *calle de las Naciones*, donde se veían edificios levantados con arreglo al estilo propio de cada pueblo, deteníase el ánimo complacido ante aquellas fachadas verdaderamente artísticas. La comparación de uno y otro movimiento del espíritu me hacía temer á veces por el porvenir del verdadero arte. Un escritor francés dijo hace tiempo, parangonando con una de las más poéticas catedrales de Francia el libro impreso, debido al admirable descubrimiento de Guttenberg: «Esto matará á aquello.» Quiera Dios que el afán de lo práctico y de lo útil, haciendo olvidar la noción de lo bello, no haga también exclamar algun día recordando las grandes obras maestras de la arquitectura ante los palacios de hierro y de cristal: «Esto matará á aquello.» La industria matará al arte; porque sería tanto como decir que la materia había triunfado del espíritu, que la belleza había huido del mundo, esperando mejores días de reacción espiritualista; días que por fortuna no dejarían de llegar, porque los pueblos todos parecen destinados durante su peregrinación sobre la tierra, á sufrir las consecuencias de su debilidad en su vacilante infancia;

á prodigar, sin apreciarlas, sus múltiples fuerzas en su vigorosa juventud; á ostentar sus grandezas en su poderosa virilidad; á enseñar en su sabia madurez; á sufrir las lentas y terribles horas de su anticipada decrepitud, para renacer de nuevo y pasar por las mismas vicisitudes, aunque en diversas fases, renovando en cada período, como triste síntesis de nuestra existencia, la mitológica fábula de Sísifo: levantar penosamente la piedra hasta la cima de la montaña, para verla rodar hasta el abismo y empezar de nuevo.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE MONISTROL.

SEÑORES ACADÉMICOS:

La elección que de mí habéis hecho para que en este solemne acto lleve la voz de nuestra Academia al dar la bienvenida á nuestro nuevo compañero, si me honra y enaltece por lo que me distingue, me embaraza y abruma por lo que me obliga. Siempre es penosa la situación de los que tal encargo reciben, pues en tal día la atención está fija especialmente en el discurso del nuevo Académico, oyéndose el del que le contesta como imprescindible ceremonia reglamentaria; pero cuando á esto se agregan circunstancias especiales, como en el caso presente acontece, las dificultades suben de punto, y sólo puede animarme á vencerlas, de una parte la amistad, y de otra el deseo de acudir como bueno al desempeño de la obligación contraída.

La amistad dije, y esta es precisamente una de las mayores dificultades, sinó la más insuperable, con

que tropiezo en mi camino. Profesándola hace muchos años verdadera y cumplida á nuestro nuevo escogido, las justas y merecidas alabanzas que forzosamente han de salir de mis labios en este día, parecerán parciales encomios en lugar de severos y merecidos juicios.

Y sin embargo, el deseo de no aparecer apasionado no debe hacerme injusto; no debe sellar mis labios y detener mi pluma, porque entonces no sería digno de la confianza que en mí depositasteis, llevándome una delicadeza mal entendida al extremo opuesto de que intento apartarme. Afortunadamente los merecimientos del Sr. Rada y Delgado son tan conocidos para ocupar la vacante que dejó en nuestro seno la implacable muerte, que no han menester encomiásticas frases, bastando con indicarlas ligeramente.

¿Para qué necesita mis alabanzas el infatigable escritor de Arqueología y de Bellas Artes, que en tantas y tan reputadas obras ha dejado constantes testimonios de su infatigable laboriosidad, de su espíritu investigador, de su elevada crítica, de sus especiales y vastos conocimientos? Educado, aunque no nacido, en aquella hermosa ciudad, donde al decir de un poeta

el fuego de Sierra Elvira
lo apaga Sierra Nevada;

habiendo aspirado la vida de la poesía y del arte en aquella atmósfera especial que rodea por ventura á los

que han tenido la dicha de pasar allí su infancia y su juventud; viendo diariamente la Alhambra, la Catedral, la Real Capilla, San Jerónimo, la Cartuja, y tantos y tantos monumentos como despiertan á cada instante en aquella ciudad de los recuerdos la fantasía de sus hijos, desde los primeros años de su vida manifestó su predilección por los estudios arqueológicos y de Bellas Artes, en que tantos ilustres granadinos han sobresalido en diversas épocas, y bien pronto demostró aquellas especiales aptitudes, apenas trasladado á Madrid, ya en varios periódicos literarios, principalmente en el notabilísimo *Museo Universal*; ya en la obra que por encargo y orden de S. M. la Reina doña Isabel II, escribió con motivo de su viaje á Castilla, León, Asturias y Galicia, obra citada con encomio en publicaciones extranjeras; ya en la *Historia de la villa y corte de Madrid*, que escribió en colaboración de nuestro inolvidable compañero D. José Amador de los Rios, y del reputado académico de la Historia don Cayetano Rosell; bien en el periódico *La Academia*; y últimamente en la obra verdaderamente monumental intitulada *Museo Español de Antigüedades*.

Y si con sus escritos científicos y literarios tiene tan bien ganada la distinción que le otorgasteis, no menores merecimientos ha contraído, ya en la Cátedra de Arqueología y Numismática, que desde su creación en la Escuela Superior de Diplomática tuvo á su cargo, habiendo sido el primero que dió y organizó en

establecimientos oficiales de España estas enseñanzas; ya en el Museo Arqueológico Nacional, siendo como uno de sus jefes, de los que más han contribuido á su enriquecimiento y organización; ya en sus viajes, con especialidad el de Oriente; y en otras obras arqueológicas de tanta importancia, como la de los Monumentos del Cerro de los Santos.

Tantos y tales trabajos agotarían las fuerzas de una inteligencia y una voluntad menos poderosas; pero nuestro nuevo compañero parece sostenido en sus múltiples y abrumadores trabajos por la Providencia, para desmentir á los que suponen que los andaluces son de suyo indolentes y perezosos. Bien es verdad que por las venas de mi querido amigo, corre mezclada con la ardiente sangre de los hijos del Mediodía, la vigorosa y enérgica de las razas del Norte, de donde es oriundo su antiguo y noble apellido.

Pero advierto que sin querer estoy faltando á mis propósitos y mortificando la verdadera modestia del nuevo Académico, á quien apenas más que halagan las alabanzas, por el injustificado temor que siempre abriga de no merecerlas; y como yo, teniéndole en tanta estima, prefiero pecar de deficiente en mis encomios antes que causarle el más ligero pesar, no insisto más en ellos, tranquilo por otra parte, recordando que Rada tiene en su fecunda vida literaria y científica la mejor garantía de nuestra elección.

Y con esto, debiera poner fin á mi trabajo; pero

como es uso y práctica que en estas contestaciones, el que lleva la voz de la Academia también emita algunos juicios sobre el asunto que ha formado el principal objeto del discurso, lícito ha de serme quebrar también mi lanza en esta justa artístico-literaria, tan brillantemente sostenida por nuestro nuevo compañero.

Plantea éste en su bien escrito discurso, uno de los problemas más difíciles, que la historia y la crítica arquitectónicas puede ofrecer á los hombres pensadores. Fijar el carácter de la Arquitectura en nuestra época es materia tan vasta y difícil de suyo, que imposible parece pueda siquiera acometerse la empresa de tratarla. Ha dicho uno de nuestros compañeros con razón sobrada, que un género dado de arquitectura representa una civilización, es su producto, lleva el sello de su carácter, participa de su espíritu. «Cuántas veces (dice Hipólito Fortoul en su tratado del Arte) se vea á la Arquitectura cambiar de formas, otras tantas la civilización se ha renovado. Si se pára la atención en una época cuyas construcciones no tienen originalidad, puede asegurarse sin temor, que de ella carecen también sus ideas. Los monumentos son las verdaderas crónicas de los pueblos.»

Nada más cierto que las verdades contenidas en estas palabras; pero me permitiré añadir, que para que ese tipo característico de las obras arquitectónicas exista, es indispensable que haya una idea madre, una idea generadora de todos los productos de la humana inte-

ligencia, que informe la época á que el monumento corresponda; y esta idea generadora, fuente y raíz de todas las demás, no puede buscarse fuera de las creencias religiosas. Antes que pensar los hombres en tener palacios para sus reyes, pensaron en elevar monumentos y templos para sus dioses. El monumento religioso, el templo, fué el prototipo de las construcciones arquitectónicas en todos los países del mundo. De él tomaron origen y á su gusto se ajustaron todas las demás construcciones, y esta verdad demostrada por el estudio crítico de la historia del arte, tiene grande aplicación al tema que hoy se discute. ¿Qué gran pensamiento religioso sirve de base á las modernas sociedades y sostendrá á las que se sucedan en lo porvenir? La idea religiosa subsiste; la creencia de nuestra divina religión sobrenada como arca santa sobre el diluvio de las ideas humanas, en que aparece sumergido el mundo; pero no impera, no informa á la sociedad, no presta aliento, vida y sér á las creaciones del arte; y éste, al servicio sólo de lo que ha dado en llamarse *práctico*, frase que sintetiza el más egoísta positivismo, no inspira al artista, que más atiende á buscar los medios de corresponder como mejor pueda á los propósitos del particular ó corporación que encarga la obra, que á realizar con ella un pensamiento, que á construir ideas con el mármol, á formar poemas épicos con los templos griegos ó himnos religiosos con las iglesias cristianas.

¡Cuán difícil será escribir la historia de los pueblos

del siglo XIX por los destrozados restos de sus edificios que puedan llegar hasta los venideros siglos! Aquí un templo ojival alza sus *moldeadas* agujas al cielo; allí un edificio greco-romano oprime con sus dinteles y sus arcos de medio punto la tierra; más allá confusa amalgama de estilos discordantes á veces, quiere traducir la idea cristiana, ó motivos y aun miembros arquitectónicos enteros copiados de templos helénicos ó latinos, se adosan á modernos y pobres edificios que no pueden razonar la presencia de aquellos ante sus débiles muros, como grandiosa máscara trágica tras de cuyas enérgicas facciones quisiera presumir de gigante un niño. Y todo esto levantado en la misma época; y todos estos edificios llevando grabadas en ostentosas lápidas casi las mismas fechas, para desesperación de futuros críticos é historiadores del arte, que quisieran buscar en ellos los caracteres arquitectónicos del siglo en que aquellos monumentos se labraron.

Y no es culpa de los dignísimos cultivadores de la Arquitectura: es culpa del ambiente en que viven, es culpa de la época que han alcanzado, época de refinamiento, más que de creación; de detalle más que de síntesis; de aplicación más que de especulación en el sentido propio y científico de la palabra. ¿Qué ha de hacer el desventurado artista que sin poder desarrollar su pensamiento en un edificio monumental, tiene que complacer al propietario engreído, que quiere una casa ostentosa, pero que cueste poco, ó que cueste poquí-

simo, pero que rente mucho? ¿Qué ha de hacer el arquitecto á quien le dan por resolver el problema de encerrar los productos del mundo en limitado espacio, sino convertirse sólo en constructor, casi en mecánico, y recurrir á los elementos verdaderamente artísticos, sólo como un accesorio de la construcción?

Y sin embargo, ved lo que es el poder del arte. Mirad esos suntuosos edificios modernos hechos puramente para la práctica de la vida, y notaréis que el artista á pesar de todas las trabas que le oprimen, lucha con ellas y levanta edificios de verdadera belleza, ya esbeltos y ligeros, ya majestuosos é imponentes, porque el arte no muere, no puede morir mientras exista el fuego divino que anima al genio.

El verdadero tipo de lo bello roto materialmente por el hacha del vándalo ó desfigurado por la torpe mano de un pueblo en su decadencia, no pereció nunca por completo: este tipo creado por Dios ha sobrevivido á todas las revoluciones, y subsistirá como el mismo hombre, cuya imagen refleja, hasta el fin de los siglos. En arquitectura el tipo de la belleza no es absoluto como el tipo de la belleza humana; no recibió como sus hermanas la pintura y la escultura el tipo divino de lo bello; por esto se afaná siempre en buscarlo y realizarlo, desde que improvisó la primera cabaña hasta que levantó los templos de Memfis, de Babilonia y de Atenas.

Los egipcios pueden considerarse como los primeros inventores del Arte; la escuela de Memfis que en-

señó á las demás naciones las artes, las letras y las ciencias, creó los tipos que el tiempo y la mano del hombre han podido mutilar, pero que han conservado siempre sus caracteres de duración y de grandeza, que aun admiramos en las mismas ruinas de Thebas y de Filœ.

La fe en el culto de lo bello engendró las obras maestras del pueblo griego en los templos de Éfeso, y del Parthenon, así como la fe cristiana dió un vuelo sublime á las creaciones del arte ojival ó gótico: unos y otros es preciso confesarlo, tenían una fe grande en las reglas que los producían; esta fe en un principio, en una regla de arte, en un tipo cualquiera, es lo que falta á los artistas de nuestra época. El espíritu de la duda tanto en la religión como en el arte se ha apoderado del dominio público: se cree en todo y no se cree en nada.

Se adopta, como por turno, el estilo egipcio, el estilo griego, el estilo románico ó el estilo ojival, sólo como probaturas más ó menos felices del arte, y en todo no hay más guía ni más regla que el capricho ó la moda del momento; esta es una de las indudables causas de la licencia de unos, de la fatuidad de los otros, y de la impotencia del mayor número. Ni siquiera se respetan los estilos que se adoptan; se les confunde y desfigura, y se les trastorna en sus disposiciones fundamentales! ¡Y á esta verdadera anarquía se da el pomposo nombre de invención!

Si la Arquitectura, sobre todo en nuestra patria, no ha producido en la pasada media centuria un monumento digno de nuestra civilización y de la posteridad, es porque la regla de lo bello, como emanación de lo divino parece olvidada ó perdida; y si alguna vez han brotado del suelo clásico de la Atenas del Norte monumentos dignos de admiración, es sólo porque ha procurado copiar las creaciones de otros tiempos. Negar el dominio influyente de la duda sobre la arquitectura contemporánea, sería lo mismo que cerrar los ojos á la luz del día, sería desconocer las relaciones constantes é íntimas que han existido entonces y siempre entre las obras arquitectónicas y las costumbres y el espíritu de los pueblos. Es imposible desconocer que en el espacio de estos tres ultimos siglos, cuanto más ha progresado en religión y en política el *indiferentismo*, tanto más ha penetrado en el dominio del arte. Cuanto más los arquitectos han creído desligarse, olvidando las enseñanzas de escuela de las tradiciones antiguas, su escepticismo estético ha caminado á la par del escepticismo de las ideas.

Al lado de las utopías religiosas y políticas han nacido las utopías heterodoxas del arte.

El eclecticismo arquitectónico consiste en elegir discretamente entre los estilos conocidos; pero segregar de cada estilo fragmentos aislados, disfrazarlos para copiarlos al capricho del artista, esto será siempre una confusión y un verdadero desorden. ¡Cuánto se ha abusado de este merodeo artístico! En estos tiempos de

libertad, todos, desde los que pregonan la imitación de la naturaleza, hasta los que sueñan en un tipo ideal, parecen haber tomado por regla la paradoja de Boileau:

Souvent un beau désordre est un effet de l'art.

Si el renacimiento contemporáneo, con su carácter incierto é inconsecuente, puede llamarse el estilo de la indiferencia y del escepticismo, ábrase para lo porvenir un nuevo horizonte. Si hasta ahora nuestros jóvenes arquitectos, llevados por su amor al estudio, se han dedicado con preferencia á imitar los estilos de Francisco I, de Luis XIII, de Luis XIV, de Luis XV y de Luis XVI en Francia, fundidos en esta época de positivismo en un arte de confitería, como muy oportunamente ha dicho el nuevo Académico, lleven al ménos su vuelo á la Atenas del Norte, á la patria del Gran Federico, coronada por las glorias de Guillermo, y á la gran ciudad regenerada y embellecida por la sabia administración de Francisco José II.

¡Qué cambio, qué contraste, señores! ¡Qué campo tan vasto para el estudio comparativo! ¡Ah! Si yo tuviera la autoridad que pueden ejercer los profesores, mis dignos compañeros de la sección de Arquitectura de esta Academia, diría á esa juventud salida de la escuela: dejad á un lado ese ostentoso palacio del Trocadero con sus pretensiones de grandiosidad; esa Nueva Ópera, engendro monstruoso de mármoles que ha costado centenares de millones, y que me produce

el efecto de esos advenedizos ó *parvenus* que quieren, á fuerza de oro y de relumbrón, sacar carta de abolengo; abandonad las orillas del Sena, y no hagáis como aquellos españoles que no conocen del extranjero más que á Biarritz ó el boulevard de los Italianos; dirigid vuestros pasos á orillas del Isar, á la clásica ciudad transformada por la vara mágica del ilustrado Luis I, y que ha inmortalizado el genio de Klenze, de Schwanthaler, de Cornelius, de Kaulbach, de Schwind, de Piloty. ¡Contemplad los monumentos creados por Klenze, por Gärtner, por Zieblendt! Pasad á orillas de la Sprea; allí tenéis una pléyade de profesores: Strack, Hitzig, Adler, Orth, Ende, Bäckmann, Gropius, Schmieden, von der Hude, Hennicke, Kyllmann, Heyden, Kayser, von Grossheim. Id después á la ciudad monumental de la Europa contemporánea, que baña el Danubio, y allí encontraréis las obras, ejecutadas unas, y otras muchas en vías de ejecución, de Semper, Hansen, Schmidt, Hasenauer, Ferstel, Romano, van der Nüll y Siccardsburg.

En estas tres ciudades, Munich, Berlín y Viena, tenéis, ¡oh, jóvenes arquitectos! modernos focos de enseñanza, tipos que poder imitar.

La anarquía en que se agita el mundo de los arquitectos necesita un pronto remedio; como el navegante en el mar proceloso busca el faro que le ilumine.

Desde el principio de este siglo todos los Gobiernos de Europa procuran con afán levantar el nivel de los

estudios científicos; se ensancha de día en día el círculo de los conocimientos que se exigen al alumno; la química, la física, la mecánica realizan obras perfectas; la ciencia y la industria obtienen, en fin, importantes descubrimientos. Pues bien; exíjanse en adelante al arquitecto conocimientos superiores á los que señalaba Vitruvio; foméntese la afición á los viajes artísticos y científicos; húyase del amaneramiento francés; que las Academias de Bellas Artes de todos los países sean el verdadero Areópago llamado á dirigir el progreso del arte arquitectónico en nuestra época, á fin de que, tras noche oscura, aparezca, como aurora refulgente, el nuevo Arte.

HE DICHO.

